



RICARDO PÉREZ MONTFORT

“La historia es fundamental para generar una conciencia sobre la necesidad de una transformación”

Infatigable en la búsqueda, observación y conocimiento de las expresiones culturales en México, Pérez Montfort considera que el estudio y la divulgación de la historia representan un generador de conocimiento, conciencia e identidad para desentrañar el enigmático ser del mexicano.

Adriana Álvarez
Tovar y Myrna
Guadalupe
Gutiérrez

Foto: Myrna
Guadalupe
Gutiérrez

Ricardo Pérez Montfort egresó de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, donde es profesor, con doctorado en Historia de México; es apasionado de la música, el teatro, la poesía, el cine y, en primer lugar, de la historia. Ha obtenido grandes logros como investigador y cuenta con innumerables publicaciones como *Expresiones populares y estereotipos culturales en México, siglo XIX y XX* (2007), referente obligado en la línea de la cultura; *Cotidianidades, imaginarios y contextos: Ensayos de*

historia y cultura en México, 1850-1950 (2009, y *Estampas de nacionalismo popular en México* (2003).

Concluyó proyectos como "Nacionalismo y estereotipos culturales, 1920-1940", estudio que aborda el nacionalismo mexicano, comprendido desde fenómenos de la cotidianidad hasta de justificación histórica y sus relaciones con estereotipos (2014), y "Promoción y prevención de la salud en México, 1910-2010, una historia en imágenes", que es la historia de los programas de salud en México, sus actores, diseñadores y receptores.

Es coordinador de la Academia de Historia en el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades en el estado de Morelos (CIDHEM). Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias y del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III, e investigador titular en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

Durante su visita a Monterrey para participar en la presentación del libro *Gustavo A. Madero, de activo empresario a enérgico revolucionario (1875-1913)* de Begoña Consuelo Hernández y Lazo, el 7 de noviembre de 2013, Pérez Montfort concedió la siguiente entrevista para *Actas*, Revista de Historia de la UANL.

¿Cómo surgió su interés por la historia?

Yo empecé a estudiar historia casi por casualidad. Empecé realmente vinculado en la historia más o menos en mi posadolescencia, pero me interesaba la historia como explicación de la transformación de la sociedad y me interesaba cambiar este país. Me gustaba participar y empecé a leer historia; sin embargo, para esa época la historia estaba todavía muy lejos porque me interesaban los procesos, pero la participación era otra cosa. Me interesaba involucrarme en procesos revolucionarios y entonces estudié antropología y medicina, empecé estudiando esas dos carreras.

¿Cuál era el ambiente de su juventud?

En cierta medida era heredero del 68, era un buen romántico setentero, me interesaba hacer la revolución y cuando aparecía en mi discurso la palabra "pueblo", se me llenaban la boca y el espíritu con singular entusiasmo. Quería participar al lado de él en la transformación del país y del continente, particularmente de su región sureña, y las pasiones antimperialistas hervían en mis venas. Lo popular me interesaba sobremedida por su condición de agente transformador, por su dimensión múltiple y por sus expresiones culturales polifónicas, como después supe que diría Mijail Bajtin. Tengo que reconocer que en aquella época también empleaba parte de mi tiempo tocando en Peñas y Encuentros de Música Latinoamericana, organizando

festivales de poesía y música, creyendo que la revolución igualmente la íbamos a hacer cantando.

¿Por qué medicina?

Medicina porque en las revoluciones se necesitan médicos y antropología porque me interesaban mucho las circunstancias de la extrema pobreza y de marginalidad que vivían comunidades indígenas, comunidades campesinas; y la antropología me acercó un poco a eso. Pero en la medida en que fui avanzando en mis estudios de medicina como de antropología, me di cuenta que no era lo que me interesaba.

¿Cómo se dio cuenta de su pérdida de interés?

No lo supe desde un inicio, pero creo que una de las razones por las cuales decidí dejar de estudiar medicina y antropología al mismo tiempo, para inscribirme en la carrera de historia, a principios de los años setenta, fue que los múltiples objetos de estudio que ofrecía esta última, aparecían como un inmenso abanico temático capaz de satisfacer en parte mis afanes de conocimiento ambicioso y omniabarcador posadolescente.

¿Entonces se acercó a la historia?

Sí, paulatinamente fui entrando más al área de historia porque la historia presentaba explicaciones no tan inmediatas sino de largo plazo. A mí la historia me explica, en buena medida, no sólo por qué estamos aquí, sino cómo es que estamos aquí y a partir de ese "estar aquí" qué se puede hacer para transformar lo que estamos viviendo. Entonces, esa primera instancia, ese primer

nivel es una de las razones fundamentales por las cuales estudié historia. Entré a la Facultad de Filosofía y Letras y encontré maestros extraordinarios; empecé a estudiar primero el mundo prehispánico, el mundo maya, los mexicas; estudié más a fondo la propia Revolución Mexicana y terminé especializándome en el siglo XX mexicano y los procesos posrevolucionarios.

Después de haber entrado a la licenciatura de Historia, ¿encontró lo que buscaba?

Tal vez lo primero que descubrí a la hora de interrelacionar mis propios intereses personales con el quehacer histórico, fue ese estrecho vínculo que mantiene el mismo [el quehacer histórico] con la gran variedad de voces que lo componen y particularmente con aquellas que “cuentan cantando”. La música y la lírica, que igualmente formaban parte fundamental de mis aficiones, aparecieron como objetos históricos con una doble dimensión: por un lado contenían información y; por otro, la transmitían de manera amable y lúdica. Así, la música, la literatura y la historia formaron parte de mis intereses desde muy joven. Justo es decir que una de las primeras oportunidades de conjuntar mis incursiones en la historia con la cotidianidad, la lírica y la música, me la ofrecieron la maestra Irene Vázquez Valle y la doctora María del Carmen Ruiz Castañeda. Fueron concretamente Irene Vázquez Valle y Rodolfo Sánchez Alvarado los que me invitaron a participar en la grabación del *Cancionero de la Intervención Francesa*, el disco LP No. 13 de la Colección del INAH, realizado a partir de una investigación que mis dos maestras habían publicado en la Revista de la Universidad de México en 1972. El *Cancionero de la Intervención Francesa* fue una clara muestra de que era posible vincular la lírica y la música festivas al conocimiento de la historia popular y de las transformaciones importantes de México.

¿Tuvo algún maestro durante su carrera que lo haya marcado a nivel profesional?

Sin duda lo que más me entusiasmaba eran las clases de mis dos más queridos maestros en la carrera de historia: el Dr. Alberto Ruz Luliers, quien me introdujo al conocimiento de la civilización maya, y el maestro Eduardo Blanquel, quien me aficionó a la Revolución, a

“Una forma de estudiar historia es leyendo. La palabra para mí ha sido un elemento central, no solamente para poder enterarme de lo que pasa a los demás, sino también de lo que me pasa a mí”.

la historiografía y al México contemporáneo. Con el primero inicié una tesis sobre la música, la poesía y el teatro entre los mayas que se quedó inconclusa sobre su escritorio en la Dirección del Museo de Antropología, justo cuando ya no regresó de su viaje a Canadá en 1979; y con el segundo terminé la licenciatura trabajando en el archivo del general Jenaro Amezcua y la Revolución Zapatista. Con el maestro Blanquel casi concluí mi tesis de maestría sobre la oposición de derecha secular durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, poco antes de su muerte en 1987.

¿Algún tema en especial en el cual haya trabajado con mayor interés?

Durante la década de los años noventa y el primer lustro del presente milenio, mantuve el interés por el estudio y la promoción de la fiesta de la Candelaria en Tlacotalpan, Veracruz, y sus derivaciones; hasta que en el 2005 decidí darle unas vacaciones después de publicar un recuento que llevaba el título de “Testimonios del son jarocho y el fandango: apuntes y reflexiones sobre el resurgimiento de una tradición regional hacia finales del siglo XX”. De esta manera, la fiesta veracruzana y sus expresiones parecen ser asuntos que no abandonaré del todo mientras se mantenga viva su tradición y los rituales que la acompañan.

Por otra parte, desde finales de los años ochenta y principios de los noventa la preocupación por las representaciones y la construcción de los estereotipos culturales se convirtieron en unos de mis temas favoritos. Partí de una primera pregunta múltiple: ¿cómo, cuándo y por qué un charro y una china poblana bailando el jarabe tapatío se habían convertido en la representación nacional popular? De ahí el problema se convirtió en algo un poco más complejo que pretendía responder a cómo, cuándo y por qué se forman los múltiples estereotipos regionales mexicanos y latinoamericanos, para derivar en una problemática general sobre expresiones culturales del nacionalismo y regionalismo a la par de las preguntas estructurales sobre la construcción de los estereotipos en el continente americano.

¿Ha visto cambios en la manera en que se trabaja este tipo de historia, la historia cultural?

Hoy en día, la historia cultural no ha cambiado tanto, sigue teniendo objetos de estudio múltiples, plantea una serie de métodos de observación identificados como “distintos” o “heterodoxos”, se aproxima de forma polifónica a las fuentes y oscila entre las expresiones culturales y los símbolos de la vida diaria, en infinidad de escalas, de manera muy parecida a como lo había hecho don José de Jesús Núñez y Domínguez en sus líneas de 1934. Lo que creo que sí ha cambiado es que

por más que los demás comensales se opongan o rezonguen –como diría Luis González–, la historia cultural ya no se encuentra al margen y desde luego se ha ganado un lugar.

Y con la historiografía mexicana, ¿también ha trabajado?

Sí, el Dr. Enrique Florescano me propuso colaborar con él en un recuento historiográfico del siglo XX mexicano. Sin embargo, el interés por la historiografía mexicana lo había heredado directamente del maestro Eduardo Blanquel y para el libro con Florescano no sólo me permití hacer una semblanza de mi mentor, sino que traté de incluir a algunos historiadores más que habían influido en varias generaciones semejantes a la mía. Sugerí que incluyéramos a otros maestros historiógrafos como Juan Ortega y Medina, y Álvaro Matute, a Javier Garcíadiego y a Lorenzo Meyer, a mis queridos Carlos Martínez Assad y Antonio García de León, pero por una u otra razón, sólo los dos últimos lograron completar la planilla.

¿Cuál es su interés por la historiografía mexicana?

La historiografía mexicana me ha interesado no sólo como historia de las ideas sino como una vertiente de la historia cultural, de la cultura que incorpora la historia como una forma de expresión humana por excelencia. En un país con una sensibilidad tan desarrollada hacia las cuestiones históricas, no parece una aberración pensar en la historiografía contemporánea como parte de la historia cultural de nuestros días.

¿Cuál es la mejor manera de estudiar la historia?

Yo creo que una forma de estudiar historia es leyendo. No solamente leo historia, leo más; leo literatura de toda índole, también novela, leo poesía, leo teatro, leo crónica, leo el periódico, leo lo que se me presenta. Entonces, creo que la palabra para mí ha sido un elemento central, no solamente para poder enterarme de lo que pasa a los demás, sino también de lo que me pasa a mí.

Hablando de poesía, como investigador, ¿qué lo lleva también a la literatura, a la poesía?, ¿cómo lo compagina?

Mi trabajo como escritor... escribo lo que me sale y trato de darle una forma que tenga elementos metafóricos, elementos que expresen lo que yo quiero decir. Y pues lo han llamado poesía, yo también de pronto. Pero no me considero realmente un poeta. Lo que trato de hacer, precisamente, en estas letras –que combino con la investigación histórica y con la música, con el cine, con el teatro– lo que trato de hacer es no solamente presentar la dimensión externa, sino la dimensión interna, mi propiedad, mi experiencia, mis pensamientos, mi pasión, mi dimensión, digamos que espiritual; lo que me provoca, precisamente, el entorno, lo que me provocan mis

propias circunstancias. Entonces, por lo general, en estos textos casi siempre hago referencia a la música, hago referencia al amor –que es muy importante en mi vida–, hago referencia a la propia historia también; a mis estudiantes, a mis maestros, a la naturaleza y desde luego, a la propia literatura.

Dando cuenta de la importancia de la historia en la sociedad ¿cuál considera que debe ser la función del historiador?

Bueno, hay varios niveles. El historiador puede tener una importancia en distintas escalas. Digamos la más –creo yo– importante es para generar una conciencia sobre la realidad contemporánea. Entender la historia a partir, precisamente, de la propia enseñanza, a partir de su ejercicio, a partir de trabajar con los estudiantes, trabajar con la propia investigación. Creo profundamente que la enseñanza de la historia es fundamental para generar una conciencia sobre la necesidad de una transformación de las circunstancias contemporáneas. Pero también creo que la historia sirve para enseñar. Con la publicación de los resultados, es insertarse en un proceso social que, por un lado genera conciencia, y por otro lado despierta conciencia.

Y finalmente el último punto que creo que es importante para entender, para darle importancia a la historia, es que la historia no solamente es una gran enseñadora de la historia ejemplar, sino la historia es una gran generadora de identidad, de por qué somos como somos y además por qué somos semejantes, por qué una persona como Francisco I. Madero es un mexicano como cualquier otro mexicano; y que finalmente un agente transformador puede ser cualquier mexicano o puede ser cualquier indígena o puede ser cualquier mestizo o puede ser cualquier ser humano. La historia es un generador de una identidad humana; muestra no solamente las maravillas que puede hacer el ser humano, sino también la podredumbre, el horror, el espanto más horrible que puede ser. En ese sentido, la historia es una generadora de identidad humana.

¿Cómo definiría la historia desde su experiencia como investigador?

Pues, muy particularmente, la historia ha sido la razón de mi vida. Yo creo que me hubiera suicidado si no hubiera estudiado historia, porque intenté estudiar antropología, intenté estudiar medicina, hice cine también, hice teatro, he sido músico, he pintado, pero lo que realmente me ha llenado más y me ha convertido en una persona que, yo creo que es útil para el resto de la sociedad, es justamente la investigación histórica y el conocimiento histórico. Lo que he podido investigar me ha dado una razón de ser a mi propia vida. En ese sentido creo que la historia es mi gran salvadora.